

Nacidos, criados, llegados: relaciones de clase y geometrías socioespaciales en la migración neorrural de la Argentina contemporánea ¹

Julietta Quirós ² 

Resumen

En diversos países de Latinoamérica y Europa, el progresivo desplazamiento de clases medias urbanas hacia pequeñas localidades rurales del “interior” ha pasado a constituir, en las últimas dos décadas, una modalidad sui géneris de migración interna. Los estudios rurales se refieren a este fenómeno migratorio con el nombre de “neorruralismo”. Este artículo propone estudiar el movimiento neorrural desde una perspectiva geopolítica, entendiéndolo como proceso de (re)inscripción espacial de relaciones de clase y desigualdades históricamente configuradas. El estudio se basa en una investigación etnográfica centrada en el análisis de procesos migratorios que tienen por escenario una región serrana de la provincia de Córdoba, Argentina. Explorando la dinámica cotidiana de las relaciones de alteridad entre poblaciones autóctonas (“nacidos y criados”) y migrantes (“venidos o llegados”), la investigación identifica los modos en que las condiciones estructurales de desigualdad configuran situaciones de injusticia espacial y procesos de desposesión del espacio y otros bienes socialmente significativos. Como resultado, se plantea la necesidad epistemológica y política de una agenda de investigación orientada a interrogar la migración neorrural desde una perspectiva de clase, como también de diseñar políticas de la diferencia y la autoctonía orientadas a mitigar o revertir la configuración e invisibilización de geografías injustas.

Palabras clave: Argentina, clase social, etnografía, geometría socioespacial, injusticia espacial, justicia espacial, neorruralismo.

Ideas destacadas: artículo de investigación que propone una agenda orientada a interrogar la migración neorrural contemporánea en perspectiva de clase, en pro de identificar y combatir desigualdades e injusticias espaciales socialmente invisibilizadas.



16 DE JULIO DE 2018. | EVALUADO: 2 DE SEPTIEMBRE DE 2018. | ACEPTADO: 17 DE DICIEMBRE DE 2018.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Quirós, Julieta. 2019. “Nacidos, criados, llegados: relaciones de clase y geometrías socioespaciales en la migración neorrural de la Argentina contemporánea.” *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 28 (2): 271-287. doi: 10.15446/rcdg.v28n2.73512.

1 Una primera versión de este manuscrito fue presentada en las II Jornadas (In)Justicias Espaciales en Argentina y América Latina, Buenos Aires, noviembre de 2017. Agradezco a Daniela Soldano por la atenta lectura y comentarios al borrador, y a María Carman y equipo por la invitación a reinterrogar la política en clave de justicia espacial.

2 CONICET - IDACOR - Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba - Argentina. ✉ juquiros@hotmail.com - ORCID: 0000-0003-2977-1012.
✉ Correspondencia: Av. Hipólito Irigoyen 174, CP. 5000, Córdoba, Argentina.

Born, Raised, Arrived: Class Relations and Socio-Spatial Geometries in Neo-Rural Migration in Contemporary Argentina

Abstract

In many European and Latin American countries, the gradual displacement of urban middle classes to small rural, “inland” locations has become a *sui generis* modality of internal migration in the past two decades. Rural studies call this migration phenomenon “neo-ruralism”. This article studies the neo-rural movement from a geopolitical perspective, understanding it as a process of spatial (re)inscription of class relations and historically shaped inequalities. The study is based on ethnographic research focused on the analysis of migration processes taking place in a highland region of the province of Córdoba, Argentina. By exploring the everyday dynamics of the relations of alterity between autochthonous populations (“born and raised”) and migrants (“arrived”), the study identifies the ways in which the structural conditions of inequality give rise to situations of spatial injustice and dispossession of space and of other socially significant goods. As a result, we assert the epistemological and political need of a research agenda aimed at questioning neo-rural migration from a class perspective, as well as of designing policies of difference and autochthony to mitigate or reverse the configuration and invisibilization of unjust geographies.

Keywords: Argentina, social class, ethnography, socio-spatial geometry, spatial injustice, spatial justice, neo-ruralism.

Highlights: Research article that proposes an agenda aimed at questioning contemporary neo-rural migration from a class perspective, in order to identify and combat spatial inequalities and injustices that are invisibilized.

Nascidos, criados, chegados: relações de classe e geometrias socioespaciais na migração neorrural da Argentina contemporânea

Resumo

Em diversos países da América Latina e da Europa, o progressivo deslocamento de classes médias urbanas a pequenas localidades rurais do “interior” tem constituído, nas últimas duas décadas, uma modalidade *sui generis* de migração interna. Os estudos rurais se referem a esse fenômeno migratório neorrural sob uma perspectiva geopolítica, entendendo-o como processo de (re)inscrição espacial de relações de classe e desigualdades historicamente configuradas. Este estudo está baseado em uma pesquisa etnográfica centralizada na análise de processos migratórios que têm como contexto uma região serrana da província de Córdoba, Argentina. Explorando a dinâmica cotidiana das relações de alteridade entre populações autóctones (“nascidos e criados”) e migrantes (“vindos ou chegados”), esta pesquisa identifica os modos em que as condições estruturais de desigualdade configuram situações de injustiça espacial e processos de despossessão do espaço e de outros bens socialmente significativos. Como resultado, apresenta-se a necessidade epistemológica e política de uma agenda de pesquisa orientada a interrogar a migração neorrural de um ponto de vista de classe, como também desenhar políticas da diferença e da autoctonia dirigidas a diminuir ou reverter a configuração e invisibilidade de geografias injustas.

Palavras-chave: Argentina, classe social, etnografia, geometria socioespacial, injustiça espacial, justiça espacial, neorruralismo.

Ideias destacadas: artigo de pesquisa que propõe uma agenda orientada a interrogar a migração neorrural contemporânea sob a perspectiva de classe a fim de identificar e combater desigualdades e injustiças espaciais socialmente invisibilizadas.

Introducción

Como antropóloga e investigadora, llevo algunos años experimentando un ejercicio heterodoxo de la profesión: practico una antropología *at home* que no es, sin embargo, lo que mis colegas usualmente llaman una antropología del “nosotros” o una antropología de “alteridad mínima” (Peirano 1998). Como muchos antropólogos que trabajan en su propia sociedad, tengo un exceso de “proximidad” para con mi campo etnográfico, pero en mi caso esa cercanía no es estrictamente social o cultural, sino más bien “espacial”: las contingencias que suceden en los alrededores de mi espacio doméstico —como la tensa situación de mi vecino palmeándome a la puerta para advertirme que “acomode” a mis perros porque “otra vez” anduvieron en la sierra toreando a sus terneros— pueden convertirse, virtualmente, en parte de “mi campo”. Situaciones como esta forman parte de mi cotidianidad ordinaria y, sin embargo, son extrañas a mi biografía y a mi historia social.

Como la mayoría de mis colegas antropólogos viajo bastante, pero esos viajes no suelen ser “a campo” sino al mundo que me es propio y familiar, “la academia”, un universo multisituado cuyo principal epicentro es (en mi caso) la ciudad capital de la provincia de Córdoba, Argentina. A esa ciudad, de la que me separan unos 150 km, viajo periódicamente a dar clases, reunirme con alumnos, tesis y investigadores, hacer trámites y compras. Cada vez que vuelvo a casa vuelvo “al campo” —y potencialmente “a campo”—: un conjunto de pequeñas localidades rurales situadas al pie de las “Sierras Grandes”, uno de los tres principales cordones montañosos que componen una amplia región conocida como “Sierras de Córdoba”. Esas localidades se emplazan en uno de los valles de monte chaqueño que, por la geografía accidentada, logró resguardarse —y en algunas áreas reponerse— de las talas masivas de algarrobo y quebracho que en los siglos XIX y XX abastecieron el sistema ferroviario argentino y sus sueños de progreso (Figura 1). La supervivencia parcial de este paisaje autóctono —que hoy representa una fracción del exiguo 4% de bosque nativo que queda en toda la provincia de Córdoba— le valió a esta zona, desde los años cuarenta del siglo XX en adelante, el destino de refugio y “lugar turístico” y, seis décadas más tarde, el estatus de área bajo preservación en el marco de la sanción de la ley n.º 9814 de Ordenamiento Territorial de Bosques Nativos de la Provincia.³

3 Ubicada al noreste de la provincia, la región de las Sierras de Córdoba forma parte del complejo de Sierras Pampeanas

No es casual que mi primera visita a esta región haya sido en calidad de turista: como buenos ejemplares de la pequeña burguesía porteña, en los años ochenta mis padres alternaban la intensidad del veraneo en la emblemática costa atlántica bonaerense con el sosiego de las sierras cordobesas. Mis hermanos y yo fuimos aprendiendo a apreciar los signos de ese entorno tan agreste como domesticado: viejas hosterías con pirca de piedra, patios atravesados por acequias y canales de riego, mate con *yuyos*, caminatas arroyo arriba y los alegóricos paseos en burro. La última vez que fuimos yo tenía diez años. Volví veinte años después, en 2008, también desde Buenos Aires, pero ya no en tren, sino en auto; ya no con mis padres y hermanos sino con mi marido; ya no como turista sino con intenciones más serias: comprar un terreno a donde “irnos a vivir” (Figura 2).

Relato este trayecto personal precisamente porque no lo es: mi itinerario puede leerse como botón de muestra de un conjunto de procesos migratorios y movimientos socioespaciales de la Argentina contemporánea sobre los que propongo reflexionar en estas páginas. En Mollar Viejo —pseudónimo que doy, cuando escribo, a la localidad serrana de 3.000 habitantes en la que nos radicamos con mi marido y mi hijo hace cosa de seis años—, no somos los únicos forasteros. Pertenece a una clase de personas a la que los “nacidos y criados” de la región llaman “los de afuera”, a veces los “venidos” o “llegados”, otras simplemente los “porteños”; en ámbitos de intimidad social se nos reserva un mote jocoso: los de afuera somos, básicamente, “jipis”. Y —como bien observa el poblador nativo, no sin cierta preocupación— somos cada vez más.

de la Argentina y está constituida por 3 cadenas montañosas principales, que corren en dirección norte-sur: la cadena oriental, conocida como Sierras Chicas; la cadena central o Sierras Grandes (que incluye la Sierra de Achala y la Sierra de Comechingones), y la cadena occidental o Sierras Occidentales, que incluye la Sierra de Pocho. Cada uno de estos cordones es atravesado por valles estructurales en los que se concentran cursos de agua y asentamientos poblacionales. El estado de preservación del bioma nativo es variable a la topografía de cada valle, como también a la historia de su explotación forestal en función de la distancia y/o accesibilidad respecto de los centros urbanos (véase Carignano et ál. 2014).

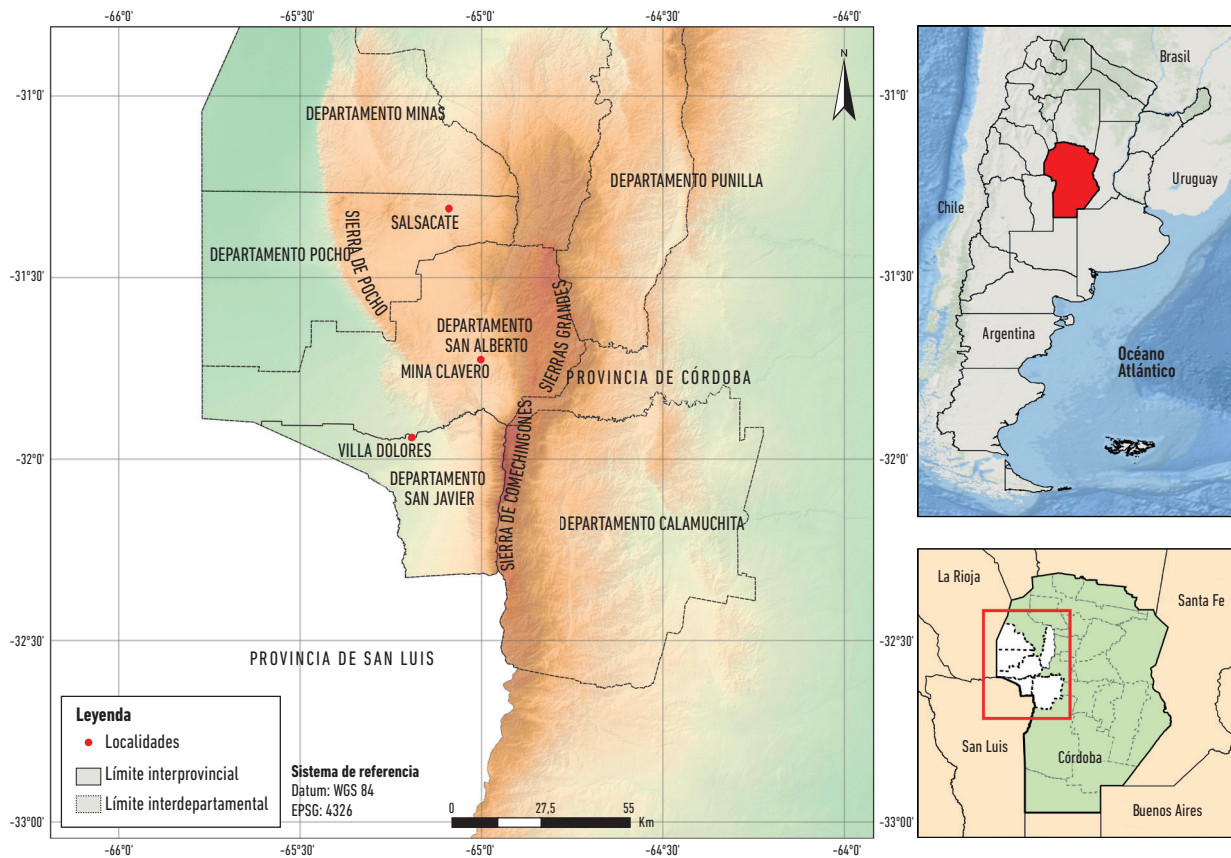


Figura 1. Localización de las localidades de estudio.
Datos: IDECOR 2019; ING 2019.



Figura 2. Paisaje serrano.
Fotografías de la autora, diciembre de 2015.

En las serranías de Córdoba —como así también en otros interiores de la Argentina—, los llamados jipis damos nombre y vida a un peculiar movimiento migratorio que, en la última década, ha ganado peso específico y visibilidad socioespacial. Se trata de gente que deja la gran ciudad, su lugar de origen, para radicarse en los interiores rurales: un movimiento que bien podría encuadrarse en lo que las ciencias sociales europeas y norteamericanas denominaron “migración de amenidad” (Moss 2006), o tal vez más exactamente en lo que en la década de los ochenta geógrafos y sociólogos rurales propusieron llamar “neo-ruralismo” (Chevalier 1981; Nogué 1988).⁴

La migración neorrural invierte el itinerario campo-ciudad de la migración típicamente “moderna” no solo en lo que refiere a su trayecto geográfico sino también, como señala Nogué (1988, 146), a la valoración que (re) asigna a cada uno de esos espacios. Podríamos decirlo así: el neorrural no busca “progreso” —se saturó de sus secuelas o de buscarlo sin éxito—, sino más bien “regreso” —regresar a las formas “de antes”, a los modos en que sus abuelos o bisabuelos supieron vivir—; el neorrural no migra buscando mejores oportunidades económicas, ni arrastrado por ofertas o demandas del tejido productivo, sino que lo hace buscando un tipo de “calidad de vida” que la ciudad no ofrece o dejó de ofrecerle: una vida más simple, más tranquila y con más naturaleza. Estamos hablando, en suma, de gente que depone el mentado “derecho a la ciudad” para reivindicar, en cambio, un “derecho al campo” (que no tuvo).

En Europa y Norteamérica, las raíces y primeras expresiones de este desplazamiento se encuentran en los movimientos libertarios y contraculturales de la década de los sesenta y setenta: jóvenes de clase media urbana que, en el seno del movimiento *hippie*, hicieron del “retorno al campo” la condición y posibilidad para concretar una vida en “comunidad” (véase Nogué 1988, 150 y ss.). En Latinoamérica, de hecho, las primeras experiencias neorurales fueron protagonizadas por la juventud *hippie* durante los setenta y parte de los ochenta también, bajo diversas iniciativas de convivencia comunitaria.⁵

4 Algunas corrientes de la geografía incluyen este desplazamiento en los llamados procesos de “contra-urbanización”; véase al respecto Cloke 1985, Murdoch y Marsden 1994.

5 En el caso argentino, la emblemática migración *hippie* al sur patagónico y en menor medida a las sierras de Córdoba y la costa atlántica bonaerense. Miguel Cantilo (2000), protagonista

La migración neorrural a la que estamos refiriendo en estas páginas data de un periodo más reciente y es, en buena medida, heredera de esas experiencias fundacionales —de allí que hoy las comunidades receptoras llamen jipis a sus nuevos vecinos venidos de la urbe—. Sin embargo, esa genealogía guarda sus propias rupturas: en primer lugar, el neorruralismo contemporáneo muestra una composición sociocultural y etaria notablemente más diversificada y heterogénea —como también cuantitativamente más amplia— que la de su predecesor *hippie*; en segundo lugar, si bien los ideales comunitarios forman parte del horizonte de prácticas y valores de la población neorrural actual, su modalidad típica de radicación no es la “comunidad” sino la unidad doméstica de núcleo familiar (“burgués”, agregaría críticamente el *hippie*). De aquí que sea particularmente útil mantener el neologismo jipi: además de hacer lugar a la pronunciación vernácula del término, nos recuerda que estamos hablando de una población tan emparentada como generacional y socialmente distinta a la de su homónimo *hippie*.

Hasta donde nuestros relevamientos indican, aun no contamos en la región latinoamericana con datos cuantitativos que nos permitan estimar la magnitud del fenómeno neorrural actual. Sin embargo, en lo que al caso argentino refiere, nuestros estudios en Córdoba y un conjunto reciente de investigaciones de caso⁶ me han llevado a proponer que, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XXI (y marcadamente durante la segunda década), “irse a vivir al interior” ha pasado a integrar el horizonte de proyectos y posibilidades de vida de las clases medias urbanas y suburbanas argentinas, instituyéndose en una modalidad *sui generis* de migración interna (Quirós 2014).

Los estudios rurales latinoamericanos (Ratier 2002, 2003; Giuliani 1990; Pérez 2001) analizan al neorruralismo reciente como parte de los procesos de configuración de “nuevas ruralidades” y nuevas relaciones urbano-rural

y lúcido exégeta, ofrece un extraordinario análisis de dicho movimiento.

6 Véase la referencia a este movimiento en los estudios de Hugo Ratier (2002, 2003) en provincia de Buenos Aires y de Gabriel Noel (2011, 2014) en la costa atlántica; para el caso de las sierras cordobesas, dos investigaciones recientes: las tesis de licenciatura y doctorado de Muñoz y Rapetti (2011) y de Trimano (2014), respectivamente; para el sur patagónico, el trabajo de González (2003) y de Otero et ál. (2006), enmarcado este último en la noción de migración de amenidad.

en la región. Recuperando estos señalamientos, en estas páginas propongo una clave analítica específica: articulando la perspectiva relacional de la antropología política con un conjunto de aportes de la geografía crítica contemporánea, propondré que el neorruralismo merece ser interrogado, *también*, como proceso de (re) inscripción espacial de relaciones de clase históricamente configuradas. Para ser más precisos: valiéndome de las preguntas y debates recientes en torno al problema de la justicia espacial, argumentaré, a modo de hipótesis, que el movimiento neorrural no solo comporta transformaciones en la “ruralidad” (o en sus porosidades e imbricaciones con la “urbanidad”), sino que también aloja y redispone en cada espacio social local —y sigo aquí a D. Harvey (2007)— una trama de relaciones de desigualdad históricamente territorializada en “centros y periferias”, o lo que D. Massey (1999) llamaría una “geometría de poder”.

Estas páginas cartografían algunos contornos de esa geometría desde un estudio etnográficamente situado. En ese camino argumentan a favor de la necesidad, tanto epistemológica como política, de diseñar una agenda de investigación capaz de interrogar la migración neorrural contemporánea en clave geopolítica o de justicia espacial. Movilizamos aquí la noción de justicia espacial como “herramienta de indagación” (Salamanca, Astudillo y Fedele 2016) a través de la cual identificar y problematizar los modos en que el movimiento neorrural, en calidad de proceso de producción social del espacio, puede habilitar y deshabilitar, albergar y combatir, la (re)conformación de diversas formas y relaciones de desigualdad, o lo que E. Soja (2010, 2016) caracteriza como “geografías injustas”, es decir, geografías que expresan, reproducen y/o propician condiciones de inequidad en la distribución de recursos socialmente valorados, como también en las oportunidades de usufructuarlos.

Los que vienen: una aproximación de clase(s)

Posicionar la migración neorrural en un espacio social de diferencias y asimetrías constituye el primer movimiento analítico de la reflexión geopolítica que propongo en estas páginas. Vale decir que caracterizar la composición del neorruralismo contemporáneo como de “clase media” (para el caso brasilero, véase Giuliani 1990), implica asignar a dicho movimiento una unidad que, para la estructura social argentina, es necesariamente porosa y heterogénea: de allí que sea

prácticamente obligatorio hablar de clases medias en plural (Visacovsky 2010).⁷

Si acercamos la lupa al caso del neorruralismo cordobés y nos preguntamos quiénes son, socialmente hablando, los que “llegan”, deberíamos responder entonces que a las localidades serranas de Córdoba llegan tanto profesionales, licenciados y artistas como comerciantes, trabajadores manuales y artesanos; deberíamos decir, además, que llegan los de corte más conservador (el migrante que puede precisar el episodio de violencia urbana o inseguridad que lo habría decidido a “irse”; o el que suele sintetizar los beneficios de su nuevo lugar de residencia en experiencias como “poder dejar el auto con la llave puesta” o “andar sin miedo”), y llegan también los de corte más progresista, en sus versiones izquierdista, anarquista, ecologista y/o *new age* (el migrante que pondera la opción por una vida libre de conservantes, consumo y consumismo). Están los que dan continuidad a sus ocupaciones de origen y los que, en cambio, las abandonan incursionando de lleno en faenas rurales —por lo general orgánicas o agroecológicas—; están también quienes descubren o profundizan nuevas vocaciones vinculadas a terapias y paradigmas espirituales alternativos: yoga, budismo, metafísica, medicinas ancestrales y chamánicas⁸; están los emprendedores capitalizados que se aventuran en una pequeña o mediana inversión productiva (huerta, frutales, ganado, aves de corral), gastronómica (un restaurante), o turística (una casita o complejo de cabañas para alquiler en temporada); están los artesanos que siguen un circuito semanal de ferias de la zona; y mayormente están los que hacen un poco de todo esto, componiendo una multifacética pluriactividad que —siguiendo las categorías de la sociología rural contemporánea— podemos caracterizar de “rurbana”.

7 Esta pluralidad vale también para otros desplazamientos contemporáneos y afines en composición al neorruralismo; me refiero, por ejemplo, al fenómeno de radicación de sectores medios y altos de origen metropolitano en “countries” y “barrios privados” suburbanos. Las condiciones e implicancias socioespaciales de este movimiento han sido abordadas, entre otros, por Svampa 2001, Lacarrieu y Thuillier 2001, Girola 2007.

8 La migración neorrural está marcada por lo que las ciencias sociales caracterizan como las “nuevas espiritualidades” de las clases medias urbanas (véase Carozzi 2000 y Viotti 2010) y suele comportar transformaciones subjetivas y ontológicas de variable intensidad.

Aquello que mirado de cerca se presenta como un crisol de diversidad, desde una perspectiva más estructural constituye, no obstante, una población evidentemente homogénea en lo que respecta a sus orígenes, estilos de vida y, fundamentalmente, a sus capitales económicos y culturales. El migrante neorrural expresa esta extracción común en prácticas cotidianas de identificación, agrupamiento y pertenencia a un *nosotros*. El nacido y criado, como suele autodenominarse el poblador autóctono, también percibe con claridad la homogeneidad de sus nuevos vecinos. Doña Framinia, nacida y criada hace sesenta años en la localidad de Mollar Viejo, lo sintetiza en una frase incontestable: “Los que vienen”, dice, “son gente estudiada y platuda”. Yo suelo completar esta sabia observación sociológica con una imagen embarazosa para nuestra narrativa social: la migración neorrural pertenece a una malla permeable y escurridiza de clases medias —medias altas y *chetas*, medias medias, medias plebeyas y laburantes; medias metropolitanas, suburbanas y provincianas—, pero es decisivamente blanca. En el paisaje cordobés cualquier reunión jipi puede distinguirse a lo lejos: ropas llamativamente coloridas y mucho niño rubio junto.

La operación de posicionar la migración neorrural en estos términos tiene una dosis de provocación: ocurre que la clase (social) no constituye una variable que sintonice del todo bien con el autorrelato del neorruralismo como proyecto biográfico. Un relato que, a pesar de tener por principal protagonista al ego (personal, matrimonial y/o familiar), abrevia en ideales y aspiraciones de comunidad, es decir, de constituir una sociedad de pequeña escala y virtualmente de iguales. Por esta y otras razones, las posiciones de clase constituyen, más bien, lo que los bourdesianos llamarían una de las dimensiones socialmente “no-reconocidas” del movimiento neorrural. Mientras tanto, es esta misma dimensión aquello que la sociedad receptora no tiene inconveniente en reconocer y desnudar: si la honestidad de la sentencia de Doña Framinia —“gente estudiada y platuda”— puede resultar violenta a los oídos del neorrural es porque transforma, en una suerte de acto de *spoiling*, un mero encuentro de “alteridad” en una relación de “subalternidad”. Con su diagnóstico, Framinia no solo señala la propiedad de —y la asociación entre— capitales escolares y económicos, sino que también expone una historia social de desigual distribución espacial de esos capitales, es decir, una geometría de poder entre la ciudad (los que vienen) y el interior (los de acá).

La dinámica cotidiana de las percepciones, interacciones y vínculos entre nacidos y criados y venidos o llegados nos ofrece un interesante laboratorio para interrogar los modos en que estas condiciones sociohistóricas se inscriben y producen efectos —“efectos de lugar”, diríamos con Bourdieu (2010)— en la (re)configuración del espacio social local.

Autoctonía y forastería: relaciones de posesión y desposesión espacialmente inscriptas

Comienzo por una hipótesis operativa o constatación parcial: las relaciones de alteridad entre nativos y llegados transcurren en una armonía manifiesta, lo que quiere decir también, en una tensión subterránea o latente. Uno de los síntomas en que esa tensión se deja divisar atañe a la asignación y negociación de lo que, recientemente, un interesante trabajo del antropólogo Gabriel Noel (2014) me invitó a entender en términos de relaciones de “autoctonía y foraneidad”.

Un rasgo característico en la interacción ordinaria entre la población neorrural consiste en una sutil pero insistente voluntad —acaso celeridad— del llegado por “hacerse” y “ser” de su nuevo lugar. La comunicación verbal es un buen campo para graficar esta característica: por lo general el neorrural no se muestra interesado en hablar de su historia personal ni muestra curiosidad por saber de la de los demás; es proclive, en cambio, a establecer conversaciones en tiempo presente: las técnicas de bioconstrucción con las que está levantando la casa, las formas de optimizar el rendimiento de la huerta, los modos de preparación de las hierbas medicinales del monte. Una atmósfera temporal que, a través de su repetición, parece afirmar(se): yo soy el de ahora, yo soy el de acá⁹.

Recientemente mis registros de campo me reencontraron con una situación social que nos permite apreciar mejor el punto: se trata de una reunión vecinal que fuera convocada por las autoridades de un municipio a raíz de una problemática ambiental en la localidad; de las

9 Como señalé en otra oportunidad (Quirós 2014), la transformación subjetiva implicada en la apuesta neorrural puede adquirir rasgos de los procesos de conversión religiosa: para constituirse como tal, el “nuevo yo” necesita matar al “viejo yo”; el predominio de temáticas y temporalidades del presente en la interacción verbal es una de las expresiones de este mecanismo.

aproximadamente cuarenta personas que asistieron en esa oportunidad, tres eran nativas del pueblo, mientras el resto estaba compuesto por migrantes radicados en esa y otras localidades colindantes. Quien coordinaba la reunión invitó a los asistentes a presentarse: el primer vecino en iniciar la rueda consignó nombre, apellido y lugar de procedencia (“Soy B. B., de Mollar Viejo”, dijo); los que le siguieron adoptaron esta misma forma de presentación (“Soy C. C., de Los Surcos”, “Mi nombre es D. D., soy de Manantial”); a su turno, un vecino se presentó de otro modo: “Mi nombre es E. E., soy de Buenos Aires y vivo en Los Surcos hace dos años”; ninguno de los vecinos que le siguió adoptó esta modalidad de presentación.

La fórmula que dominó la escena —“soy de” (acá), en lugar de “vivo en” (este lugar)— comporta una operación de elipsis que hace ruido a los oídos del poblador nacido y criado; para él, esa manera de presentar las cosas está (leve pero crucialmente) desajustada, y probablemente sea esta la razón por la cual cultiva una sutil inclinación a “poner en evidencia” la foraneidad de sus nuevos vecinos —por ejemplo, a través de pequeños gestos o comentarios jocosos que desnudan la impericia o falta de saberes prácticos del venido en relación al entorno y la vida de campo—. Frente a la premura de arraigo del llegado, el nativo parecería decir “tranquilo, te falta mucho para ser de acá”.

Dicho de otro modo: mientras unos son impulsados por cierto afán de igualación (vivimos acá, ergo, somos lo mismo), los otros parecen insistir en la diferenciación. Volveré más adelante sobre la base e implicancias políticas de esta operación; por el momento me interesa señalar que en su aspiración de igualación, el llegado moviliza dos repertorios universalizantes. Uno refiere al lenguaje de la ciudadanía: “Terminemos con esa separación de la gente de acá y la gente de afuera: qué importa de dónde venimos, acá somos todos vecinos, somos todos iguales”, proclamaba con vehemencia un porteño en ocasión de una reunión vecinal; el otro repertorio refiere al peculiar modo de radicación del llegado, la “propiedad”. En su gran mayoría, la migración neorrural es movida por un proyecto de establecimiento permanente que se materializa en el acto de “compra de tierra”. Por lo general, el llegado viene con dinero para comprar y su primer periodo de estancia es coincidente con ese fundacional momento de la vida que es “construirse la casa”. El préstamo y/o inquilinato es una condición minoritaria en la migración neorrural: quien alquila suele estar o bien buscando terreno para “comprar” o bien edificando la casa a la que pronto irá a vivir. La radicación como propietario configura una relación particular con el lugar y su población: una relación que es de compromiso afectivo, de proyección

y también de apropiación. El pasaje de visitante o inquilino a propietario implica (no solo objetiva sino también intersubjetivamente) la constitución de “derechos”. En calidad de propietario el nuevo vecino establece relaciones con el Estado local en materia de impuestos, providencia de servicios públicos y asuntos de la vida en común (uso del entorno y sus recursos, obra pública, ruidos molestos); quienes efectúan ante las instituciones públicas el cambio formal de domicilio adquieren, además, el derecho a votar en su nuevo lugar de residencia (“Mucho jipi en el padrón [electoral] esta vuelta”, observaba en unas elecciones, con cierta preocupación, un concejal de municipio).

Nos interesa señalar que esta modalidad de radicación tiene efectos cruciales sobre la estructura y posibilidades de ocupación del territorio. Podríamos decirlo así: junto a las técnicas de bioconstrucción y los nuevos paradigmas espirituales, los neorrurales llevamos al campo cosas que no están en nuestros planes; el aumento de producción de residuos, la intensificación del consumo de recursos energéticos o la implantación de semáforos en los cruces de ruta son algunas de las más evidentes. Pero hay otras menos visibles —y más determinantes— sobre las que pretendemos llamar la atención aquí: desde la óptica de la justicia espacial, decimos que el neorruralismo apareja también, sin proponérselo, un proceso creciente de (re)valorización de la tierra que comporta, para buena parte de la población autóctona, efectos de desplazamiento y desposesión, o lo que E. Soja llamaría una redistribución inequitativa de las condiciones y oportunidades de acceso a recursos socialmente significativos, empezando por el espacio mismo. El proceso es complejo y controversial. Veamos.

Las distintas áreas de las Sierras de Córdoba han atravesado, en los últimos veinte años, una notable intensificación de la actividad turística. Municipios históricamente turísticos han ampliado sus fronteras, y localidades que estaban fuera del mapa turístico hoy forman parte de él. Las consecuencias de este proceso son diversas e impactan diferencialmente en cada área serrana; no obstante, en términos globales podemos decir que, junto a los impactos en la composición del mercado de trabajo local (ampliación del sector de la construcción y servicios en relación con la pluriactividad agraria tradicional)¹⁰, probablemente la principal

10 La ruralidad de las regiones serranas de Córdoba no se corresponde con el modelo agroindustrial de *commodities* que domina la mayor parte del área pampeana de la provincia (y del país). Se trata de economías regionales de pluriactividad

y más profunda consecuencia de la turistificación sea la ampliación y consolidación del mercado de tierras, con el consecuente incremento en la rentabilidad de la especulación inmobiliaria y financiera sobre el suelo¹¹. Tierras que hace tan solo una década “no valían nada”, como dicen los pobladores locales, hoy se han convertido en un bien inmediatamente capitalizable.

Si bien no contamos todavía con un análisis cuantitativo global sobre la composición y transformación de la estructura fundiaria actual, los relevamientos preliminares que venimos desarrollando nos permiten conjeturar que el lugar relativo que cabe al neorruralismo en la expansión del mercado de tierras es evidentemente marginal con relación al impacto de la inversión inmobiliaria. Sobre todo, si tenemos en cuenta que, a diferencia de esta última, la escala neorrural es por definición pequeña: el migrante compra superficie para uso doméstico-familiar, y cuando lo hace para emprendimientos turísticos o productivos adquiere unidades de minifundio —desde un lote periurbano hasta entre 1 y 5 hectáreas en área rural—.

Sin embargo, podemos decir que el neorruralismo viene jugando un rol crucial como “fuerza dinamizadora” de dicho mercado, básicamente porque ha comportado la multiplicación y molecularización de interacciones de oferta, demanda, negociación y compra-venta de (fracciones de) tierra. Además de transformar una valorización meramente nominal de la tierra en una valorización “de hecho”, este proceso ha tenido el efecto crucial de instituir, en el horizonte de posibilidades de la población nativa, la disposición a *vender*. Inclusive porque la escala de demanda del neorrural resulta más atractiva y factible para el poblador nativo —que es en su mayoría propietario familiar de tipo minifundista—: mientras el inversor inmobiliario busca comprar grandes extensiones de tierra a precios bajos, el neorrural demanda extensiones que permiten al poblador ir parcelando o loteando fracciones de campo en la medida de sus necesidades. Los signos de este proceso de venta “por goteo” o “al por menor” se materializan en el paisaje: junto a la aparición

rurbana, que articulan producción agraria de escala familiar o minifundista con modalidades de empleo —informal en su mayoría— en el sector agrario, sector de servicios y de la construcción. Para una caracterización véase Quirós (2014).

11 Nos referimos a la inversión inmobiliaria (compra y reventa) destinada tanto a urbanización como —en menor medida— a actividad productiva (frutales, hierbas aromáticas, olivo, vid y producción ganadera).

de carteles y locales de “inmobiliaria”, cualquier visitante que recorra los caminos tierra adentro de las localidades serranas podrá encontrar letreros caseros de “vendo terreno”, “vendo lote”, “dueño directo”.

Los efectos de este proceso son contradictorios. Por un lado, la venta de fracciones de tierra pasó a constituir uno de los medios a través de los cuales las familias nativas pueden acceder a comprar bienes de consumo durable o a concretar obras de infraestructura que implican mejoras en su calidad de vida inmediata: Don López vendió 2 hectáreas del campo familiar y se compró la camioneta o km; Marisa Aguirre pone en venta dos lotes para poder terminar, de una vez, la pieza de la nena mayor. Por otro lado, el costo de estas mejoras es un proceso objetivo de descapitalización y desposesión, cuyos efectos se ven en el mediano plazo: una vez que una familia se deshace de una tierra difícilmente podrá adquirir una extensión similar, y son pocas las veces en que una operación se reinvierte en un bien de capital equivalente. Asimismo, la venta de tierra impacta directamente en las posibilidades de ocupación del suelo para las nuevas generaciones: imposibilitados de comprar tierra a los precios del mercado, los jóvenes emancipados dependen de arreglos, intercambios o cesiones familiares que, si hasta entonces formaban parte de la costumbre tradicional, ahora se ven obstaculizados por el propio proceso de valorización de la tierra; hace una década un tío podía regalar media hectárea al sobrino que acaba de casarse; ahora sabe que ese gesto está sujeto a la vigilancia, aprobación y eventual reclamo de equivalencias por parte del resto de los miembros de la familia —incluso de aquellos que no viven en el lugar pero se saben con derechos sobre (una fracción de) el mismo— (Figura 3).

Muchos vecinos son conscientes de los potenciales efectos de desposesión implicados en la venta de tierra y atraviesan las “oportunidades” con angustia y contradicción. Mi vecino Dardo, de 73 años, vive de su jubilación mínima; vuelta y media se ve en la situación de pedir ayuda económica a sus sobrinos porque no llega a fin de mes. Félix, primo hermano de Dardo y cercano en edad, está en una situación similar. La casa de la sierra en la que ambos se criaron y de la que son herederos está deshabitada desde hace una década. Han recibido ofertas, pero no han querido venderla. Ahora están repensando el asunto: “Estamos viviendo mal”, me explica Dardo, como si necesitara justificarse. Sabe que deshacerse de la propiedad es una pérdida irrecuperable; los sobrinos —hijos de Félix y de otros hermanos— no quieren que vendan. “Con Félix

los entendemos”, reflexiona Dardo, “pero nuestro futuro es hoy, de acá a diez años no estamos más”.¹²



Figura 3. Mercado de tierras.
Fotografías de la autora, noviembre de 2017.

12 Si bien aquí nos estamos limitando a la cuestión del valor mercantil de la tierra, cabe mencionar que estas evaluaciones comportan un proceso social e intersubjetivo más complejo que atañe al valor histórico y afectivo de los territorios. Los procesos de desposesión abordados en estas páginas dejan abierta esta línea de análisis; sobre la misma véase, entre otros, Kolers (2016), Ramos (2010).

El proceso de mercantilización de la tierra comporta, además, efectos de desplazamiento e inequidad en el acceso y uso de recursos socialmente significativos. En primer lugar, la disminución de la extensión de tierra disponible (tanto por ventas efectivas como por el aumento de la vigilancia de los herederos efectivos) implica que las cesiones o subdivisiones familiares se realizan sobre superficies ahora menores, lo cual redundaría en un hacinamiento relativo de las unidades domésticas y estrecha sus posibilidades de autosuficiencia económica: menor extensión de tierra implica menos espacio para la cría de aves de corral y pastura del ganado (vaca, chanco, oveja, cabra), para plantación de alimento para los animales (un cuadro de maíz o de alfalfa), o para producción de hortaliza y cosecha de leña. Todos recursos que, en el marco de una estructura de agricultura familiar pluriactiva, complementan los ingresos de los pobladores y amortizan las inestabilidades del mercado de trabajo local.

En segundo lugar, las transformaciones que estamos señalando abonan o profundizan condiciones de desigualdad en las posibilidades de regularización y consolidación de la tenencia de la tierra. En las regiones serranas —y en la mayor parte del interior cordobés— la estructura de tenencia de la tierra se ha organizado históricamente sobre la base de títulos imperfectos de posesión. Los compradores urbanos —sobre todo inversores, pero nuevos vecinos también— han dinamizado los procesos de mensura, juicios de usucapión e inscripción catastral, en pos de consolidar dichos títulos en escrituras. Cada uno de estos procesos implica altos costos profesionales y burocráticos, como también la irrupción progresiva de un código docto, el de los papeles, cuya gramática suele violentar y/o atentar contra los criterios de justicia y justeza de arreglos, transacciones y cesiones de tierra históricamente efectuados de palabra entre los pobladores nativos. Son los forasteros quienes cuentan con los capitales económicos y culturales necesarios para lidiar exitosamente con dicho código, lo cual abona condiciones de un potencial o progresivo desplazamiento de la población autóctona.¹³

13 De aquí que un frente de activismo por parte de organizaciones sociales abocadas a la defensa de derechos y arraigo campesino (el Movimiento Campesino de Córdoba entre las más destacadas) sea la formación de las comunidades en materia dominial, como también el acompañamiento técnico en procesos de regularización y consolidación de títulos de propiedad.

Por último, la mercantilización de la tierra tiene efectos restrictivos sobre el acceso-a y usufructo-de ciertos espacios y bienes comunes de alto valor económico y social. Desde chico mi vecino Armando cortaba leña para el invierno en el montecito de atrás de su casa, que ahora se convirtió en propiedad privada (parte de mi propiedad). Armando supo rápidamente que ya no podría cortar leña de ese lugar, al menos no sin antes avisarme o “pedirme permiso”, y de hecho así lo hacía. Sin embargo, cuando tenía que venir a mi casa por algún asunto, Armando no lo hacía por la calle pública que llevaba a mi tranquera, sino que cortaba camino atravesando ese tupido corredor de monte que, alambrado mediante, separaba el fondo de su propiedad de uno de los laterales de la mía. Como resultado, las apariciones de Armando me tomaban siempre por sorpresa. Por su temperamento, inicialmente tomé este gesto como un acto de prepotencia; su menosprecio a mis alusiones de incomodidad abonaron esa interpretación. Me llevó un tiempo relacionar ese comportamiento con otras experiencias, y en particular con la violencia provocada por mi alambrado: para Armando, cortar camino por el fondo era, en efecto, una manera de entrar a mi casa sin “pedir permiso”; un modo de mantener el itinerario que siempre había hecho hacia ese monte en el que antes cosechaba leña, y de afirmar, por intermedio de ese trayecto, que algo de eso aun así le pertenecía. Lo que yo leía como provocación era (en todo caso, o también) un conflicto socioespacial y un acto de resistencia —a impugación— a un acto de desposesión.

Lo autóctono natural y lo autóctono humano: la ecología política del monte nativo

Los procesos de posesión y desposesión señalados se articulan con otras modalidades de ocupación, apropiación y negociación del espacio local: modalidades que tienen que ver no tanto con los límites de la “propiedad” de cada quien, sino más bien con los usos y derechos sobre aquello que se considera no debería ser propiedad de nadie, en la medida en que es o debería ser “patrimonio” de todos. Me refiero al monte serrano en tanto “Naturaleza” a ser preservada.

En las serranías de Córdoba, los jipis somos socialmente reconocidos como “ecologistas”; muchas de nuestras actitudes probablemente hacen justicia a la figura de “guardianes del paraíso” que Gabriel Noel (2011) propuso para caracterizar la fisonomía del migrante a las costas bonaerenses. Los “neo” miramos con disimulada suspicacia

los loteos y nuevos movimientos de compra-venta; como quien no quiere la cosa vamos husmeando qué es lo que los nuevos venidos “vienen a hacer”; nos inquieta el porteño, rosarino o cordobés que viene con ideas de emprendimiento comercial y monitoreamos si va a desmontar y cuánto, si va a usar agua y cómo; movilizamos para ello mecanismos de control moleculares (el comentario, la acusación, el rumor) y molares (la apelación al municipio, la asamblea pública, la denuncia ambiental).

El nacido y criado aprecia positivamente el cuidado que su nuevo vecino tiene para con el entorno, pero no siempre comprende sus criterios: “Un complejo de siete cabañas con pileta: ¿cuál es el problema?”, se pregunta. Ocurre que para la población nativa el valor históricamente en falta no ha sido la naturaleza sino el trabajo: su problema no ha sido la violencia urbana sino la violencia económica; y es por ello que, exceptuando casos groseros de “depredación”, aquello que “da trabajo” es por definición bienvenido. Las voces hegemónicas del “desarrollo” aprovechan estas diferencias de experiencia histórica para incomunicarlas en (o)posiciones excluyentes y estereotipadas, y así dicen, o “preservación” (ambiental) o “crecimiento” (económico).

En el 2016, el poder ejecutivo de la provincia de Córdoba, liderado desde hace dos décadas por el peronismo, (re)impulsó junto a sectores de la industria agro-ganadera un proyecto de reforma de la ley provincial de Ordenamiento Territorial de los Bosques Nativos vigente desde el 2010. En nombre del “desarrollo productivo” de la región norte y noroeste de la provincia —ampliar la frontera ganadera y hacer de Córdoba “una gran fábrica de terneros”, en palabras del entonces gobernador—, dicho proyecto implicaba un embate directo sobre la preservación de la exigua porción de bosque autóctono provincial hoy protegido (4% de la superficie total original): al recategorizar las áreas como potencialmente “productivas”, habilitaba la posibilidad de tornarlas objeto de desmonte legal.

Apenas anunciada, la iniciativa de reforma fue fuertemente resistida por una enérgica movilización social de amplios sectores del ambientalismo y del arco progresista de toda la provincia. Bajo la consigna de “Todos somos el monte y el monte no se toca”, multitudinarias acciones de protesta se sucedieron en Córdoba capital, ciudades del interior y redes sociales a lo largo de 2016 y 2017, robusteciendo, como señala A. Koberwein (2018), el alcance público que la problemática del “monte nativo” había logrado seis años antes, en ocasión de la promulgación original de la ley.

Al ser parte fundamental del área boscosa actualmente protegida, las regiones serranas han tenido y tienen un lugar sumamente significativo en dichos procesos de resistencia y movilización. En lo que respecta a la participación de sus pobladores, es pertinente notar un clivaje de composición: en la mayor parte de las localidades serranas son los neorrurales los actores visiblemente involucrados en el activismo ambiental; la población nacida y criada parece poco interpelada, y no es que la preservación del hábitat no sea asunto de su interés. ¿Qué ocurre entonces? La respuesta a esta pregunta es múltiple y compleja, empezando por el hecho de que, cuando nativos y llegados hablan de “monte”, se refieren a cosas muy distintas, pues es distinta la relación vivida que cada uno de ellos ha tenido y tiene con ese “lugar”¹⁴. Si bien escapa a los límites de este artículo abordar esa complejidad, a los fines de que nos ocupan cabe referir a una de sus dimensiones: mi hipótesis es que el lugar minoritario que la población nativa ocupa en el activismo por la defensa del monte autóctono es expresión y correlato del lugar “menor” —en el sentido deleuziano del término— que las versiones dominantes del discurso ambientalista dan a esa población como *parte* de ese entorno. Dicho de otro modo: en su versión hegemónica, el régimen discursivo del ambientalismo tiende a representar un monte que, en el límite, es naturaleza sin cultura (Carman 2011), en la medida en que no incluye la perspectiva de la población nativa, y su modo de vida cotidiano y concreto —un modo de vida *sui generis* que no encaja enteramente en el imaginario de lo puramente “autóctono” o “campesino”, y que más bien se caracteriza por “hibridar” creativamente, a la manera del “bricoleur”, actividades rurales y urbanas, labores de agricultura familiar con trabajo asalariado o “changas” en albañilería, trabajo agrario socialmente reconocido como “productivo” (siembra y ganadería) con trabajo agrario socialmente descalificado como “extractivo” (venta de leña o prestación de servicios de desmonte)—.

Así las cosas, ante la consigna “Todos somos el monte y el monte no se toca” el poblador nativo tiende a no sentirse parte de ese “todos”, y a privilegiar la última de las dos proposiciones (“el monte no se toca”), la cual interpreta a la luz del bullicio de prescripciones y críticas que cotidiana y molecularmente llegan a sus oídos de

boca de sus vecinos neorrurales. Sin proponérselo, ese bullicio lanza una mirada enjuiciadora sobre el nacido y criado, al recalificar como prácticas predatorias actividades históricamente constitutivas de su cotidiano, su historia y su identidad. El resultado es, por tanto, un esquema paradójico: el foráneo se instituye en la voz principal de la preservación de lo autóctono (natural), y el autóctono (humano) se siente forastero en una causa que, virtualmente, lo incluiría.

Llegado este punto, es importante introducir dos señalamientos. Por un lado, recordar que estas versiones ingenuas del discurso ambientalista son abonadas y popularizadas —lo que quiere decir, coproducidas— por los propios actores del desarrollismo económico, en pos de desacreditar la causa ambiental en sí. Por otro lado, señalar que lejos de ser la única gramática ambientalista, esta es, en todo caso, aquella que se ha tornado dominante por sobre otras voces que pugnan por hacerse oír. Organizaciones no gubernamentales como el Movimiento Campesino de Córdoba, y actores nucleados en agencias públicas que cotidianamente trabajan con las poblaciones de los territorios (dependencias forestales del Instituto Nacional de Tecnología Agraria, Sub-Secretaría de Agricultura Familiar), son algunos de los principales exponentes de un ambientalismo que busca incluir y preservar la (pluri)actividad de las poblaciones autóctonas.

Podemos pensar que estas voces todavía no conquistaron las localidades serranas a razón de su condición subalterna. Sin embargo, hay un elemento más que considero pertinente problematizar aquí, y que atañe menos al ambientalismo y más al neorruralismo. Me refiero a la peculiar manera en que la población neorrural se (pre) dispone a conectar con su nuevo lugar de residencia. Inicié estas páginas hablando de la ansiedad que manifiesta el llegado por hacerse de su nuevo lugar; entre otras cosas, esta premura se expresa en una búsqueda de relación intensa con el entorno natural, sus especies (las plantas autóctonas, los frutos del monte, las hierbas medicinales) y sus prácticas (siembra y cosecha, recolección, elaboración de alimentos y remedios naturales). Esto ocurre, en buena medida, porque el proyecto neorrural es movido-por y autonarrado-como una búsqueda de (re)conexión de las personas con la naturaleza. Así, la hipervaloración que el llegado cultiva sobre el monte nativo guarda una jerarquía no-dicha y no-reconocida entre lo autóctono natural y lo autóctono humano: el oído neorrural tiene mayor predisposición a sintonizar con la frecuencia de los ambientalismos ingenuos porque

14 Agradezco esta observación a Andrea Méndez, al señalar que para el nacido y criado el “monte” es literalmente más “áspero” que para el llegado.

él mismo es más sensible a los sonidos de la naturaleza que a los de la cultura. Desde luego, esto no quiere decir que lo autóctono social o cultural no sea valorado por el llegado; ciertamente lo es, pero muchas veces desde una mirada selectiva que ennoblece ciertas prácticas y saberes (aquellos considerados ancestrales, aquellos que supone en vías de extinción y que, por tanto, debería rescatar), mientras ignora o rechaza otros.

Mis señalamientos apuntan, por tanto, a que advirtamos los efectos invisibles —e invisiblemente perjudiciales— implicados en la operación social de escindir y jerarquizar Naturaleza de Cultura —como también de escindir y jerarquizar ciertas manifestaciones “culturales” de otras—. Desde una perspectiva antropológica y política, propongo que, para tornarse social y espacialmente más justo —esto es, más inclusivo y efectivo—, el activismo por la preservación del monte nativo cordobés necesita simetrizar lo nativo natural y lo nativo humano, de manera de favorecer la participación e inclusión de las comunidades locales, y tornar así mayoritaria —y molecularmente esparcida— una voz hoy minoritaria.

Al ser protagonista fundamental de ese activismo y al (con)vivir territorialmente en esas comunidades, la población neorrural tiene, en este sentido, la extraordinaria oportunidad —y la responsabilidad, en términos de Massey (2011)— de propiciar ese desplazamiento, que debe ser tan discursivo como sensitivo.

Neoaluvión zoológico: migración, clase y desigualdad espacial en la historia social argentina

La migración neorrural crece y la población nacida y criada se ve asaltada, por momentos, por una inevitable sensación de “invasión”, con “sus cosas buenas y sus cosas malas”, como me dijo un serrano una vez. Hace poco tiempo referí a esta percepción apelando a un paralelismo provocador: la migración neorrural, dije, constituye nuestro “neoaluvión zoológico”. Con esta expresión propuse reutilizar, a modo de neologismo, un viejo arpegio de la historia política argentina, el de “aluvión zoológico”, que fuera popularizado en los cuarenta del siglo XX por las elites metropolitanas para referir a las bases del movimiento peronista, es decir, a las masas de trabajadores (racionalmente estigmatizados como “cabecitas negras”) que, en el marco del primer proceso de industrialización del país, habían migrado desde el interior rural hacia las grandes urbes del país, fundamentalmente ciudad de Buenos Aires y sus suburbios. En su

pronunciamiento original —y agradezco a Alejandro Grimson esta aclaración historiográfica— la expresión “aluvión zoológico” no refirió en rigor a los “cabecitas negras” sino a sus representantes —estrictamente fue la fórmula con la que un legislador descalificó en 1947 a sus opositores peronistas—; sin embargo, la misma rápidamente se popularizó, pasando a formar parte del léxico político argentino moderno y siendo movilizada no solo por las elites urbanas (para describir lo que vivían como la invasión de su ciudad), sino también por los propios peronistas (para poner en evidencia el sustrato racial en que, históricamente, se había fundado la reacción antiperonista).

Si propongo que la migración neorrural puede condensarse en la figura de un “neoaluvión zoológico” es porque esta metáfora resulta útil para interrogar las transformaciones de una relación tripartita contenida en el aluvión que podemos llamar “originario”: me refiero a la imbricación entre procesos migratorios, relaciones de clase y desigualdades espaciales en la historia social argentina contemporánea. A estos tres elementos deberíamos agregar las relaciones de “raza”: dimensión tabuada, como señala Grimson (2016), en la (auto)representación argentina como sociedad de (meras) clases.

El Neoaluvión zoológico es, entonces, una invitación a elaborar una agenda de investigación interesada en explorar las continuidades y rupturas de esa imbricación en perspectiva histórica y en clave de justicia espacial. Me aventuro a concluir estas páginas esbozando algunos puntos de encuentro y desencuentro, continuidad y ruptura, que aluvión y neoaluvión invitan a explorar, proyectando a través de ellos posibles y futuras direcciones de trabajo para esa agenda.

La primera y más evidente reside en el hecho de que el aluvión originario —esto es, la migración del interior a la ciudad inaugurada en la Argentina de los treinta y cuarenta pero desplegada a lo largo de todo el siglo XX y la actualidad¹⁵— ha sido siempre una experiencia de

15 En este sentido, vale señalar que, lejos de estar refiriendo a dos “momentos” migratorios sucesivos, al hablar de aluvión y neoaluvión estamos proponiendo pensar las relaciones, inversiones y conversiones implicadas en desplazamientos y flujos concomitantes. Las serranías de Córdoba son y han sido lugares históricamente en movimiento —su población ha sido y continúa siendo parte de la migración aluvional del campo a la ciudad, por ejemplo—. Tanto esa migración como la neorrural constituyen, por tanto, los flujos contemporáneos

mayorías plebeyas: una clase obrera nativa, “provinciana”, “rudimentaria” y “sin educación”, a los ojos de la cultura hegemónica representada por las elites metropolitanas. Mientras tanto, el nuevo aluvión condensa una experiencia de minorías socialmente calificadas y culturalmente capitalizadas. Aun así, podemos decir que el neoaluvión es también exótico para la sociedad que lo recibe: posee estilos de vida extraños, ceremonias y valores que pueden resultar incomprensibles e incluso de mal gusto (el jipi aprecia el ladrillo de barro por sobre el ladrillo cocido; se viste “croto” a pesar de que podría renovar todo su ropero; descuida su aseo personal, no es afín al baño ni al perfume; no lava el auto). De aquí que este aluvión sea también, y a su manera, “zoológico” para la comunidad receptora.

En segundo lugar, la expresión aluvión zoológico guarda la idea de que está libre lo que debería estar encerrado. A los ojos de las elites urbanas, el cabecita negra tenía que quedarse donde estaba y de donde era —y esta visión tiene tanta actualidad como la continuidad del aluvión—: el campo como lugar idealizado de una “pobreza digna” (¿para qué, entonces, venir(se) a la ciudad?). El neorrural es también un sujeto que, a los ojos de la sociedad receptora, debería permanecer “encerrado” en las condiciones urbanas de su clase y del “progreso” que supo conseguir. En este sentido, el movimiento neoaluvional abriga un movimiento de rebelión, como también lo abrigaba aquel aluvión de masas de los años cuarenta: mientras el provinciano invadía en nombre de lo que el tejido económico-productivo necesitaba entonces —obremos— pero la alta cultura rechazaba, el ciudadano invade huyendo de (y resistiendo a) lo que la economía necesita de él —productores y consumidores—. El aluvión fue revolucionario porque dijo: el progreso es para todos; el neoaluvión revoluciona porque dice: mi progreso es exactamente inverso al tuyo.

Ahora bien —y en tercer lugar—, el aluvión no pasa por la puerta de tu casa y sigue camino. Se instala y ocupa; y esa ocupación es necesariamente un acto económico, político y social de (toma de) posesión. El aluvión originario fue la clase obrera argentina apropiándose de la parte de la economía y la ciudadanía que la legislación social y laboral del primer peronismo supo desplegar como “derechos”. La gente de campo —devenida clase operaria— tomando posesión de la parte de plusvalor

que sus sindicatos pasan a negociar en paritarias y de la parte de la ciudad que empieza a usufructuar desde la villa y los barrios obreros: el derecho al consumo fue también el derecho al “centro”. Actos de usurpación y desposesión desde el punto de vista de las elites; actos de distribución y justicia socioespacial desde la perspectiva de las clases subalternas. ¿Qué hay, entonces, del nuevo aluvión? También ocupa, y en ese acto se apropia de la parte de naturaleza que no tuvo. Esa ocupación no está secundada por un Estado benefactor, sino por las condiciones tácitas de un mercado que convierte a unos en potenciales compradores y a otros en potenciales vendedores. Podemos decir que ese campo transaccional de virtual igualdad tiene, por un lado, efectos inmediatos de distribución: a través de la compra de tierras y de la demanda de mano de obra en el sector de servicios la radicación neorrural amplía, en la sociedad receptora, aquello que Maristella Svampa (2001) llamó “ciudadanía del consumo”. Por otro lado, abona lo que en estas páginas he caracterizado como un proceso mediato de desposesión: la venta de tierra por parte de la población autóctona raramente es reconvertida productivamente y comporta, en su palpable mayoría, un proceso objetivo de descapitalización, con potenciales efectos de arrinconamiento, desplazamiento e inequidad en las condiciones y posibilidades de acceso a recursos socialmente significativos (espacios comunes para pastura y cosecha de leña, terrenos con cursos de agua, titulación de la tenencia de la tierra, entre otros). Esta observación deja planteado un camino de investigación orientado a mapear estos efectos mediatos no solo de la ocupación territorial vía capital económico, sino también de la ocupación del espacio social vía capitales de otras especies: la desigual distribución de capitales escolares y culturales, por ejemplo, prefigura posibilidades diferenciales de acceso a roles de influencia social, puestos de trabajo, cargos dirigenciales y cargos en la función pública.

Si hay algo que no podemos negarle al neorrural es lo que uno llamaría sus “buenas intenciones”: el neo llega a cuidar la naturaleza, quiere y vela por una vida tranquila, cultiva el buen trato con el prójimo (en las localidades serranas el jipi suele ser positivamente reconocido como gente “pacífica”); asimismo, también podemos decir que la mirada revalorizadora que el neorrural tiene sobre la “vida de campo” tiene efectos de reconocimiento para la población autóctona, en la medida en que ennoblece prácticas y saberes históricamente subalternizados por una cultura hegemónica urbanocéntrica. Bien: junto con “todo esto”, el neorrural habilita y trae consigo, a su vez,

que hacen a lo que Doreen Massey (2011) propone llamar “un sentido global de lugar”.

los efectos de desigualdad producidos por una geografía social que es también y necesariamente, como señala Massey (1999; ver también Harvey 2007), una geometría de poder(es) y capital(es) diferenciales. Los flujos del capital que igualan al neo en derechos —tenés derecho a comprar, tenés derecho a ser de acá—, son también los que desigualan a los que estaban respecto de las condiciones y posibilidades de acceso al territorio —ahora mercantilizado— y a sus recursos —ahora devenidos—, entre otras cosas, Naturaleza a preservar.

Recuperando a David Harvey (2012), podemos decir que, al igual que la “ciudad”, el “campo” no es solamente un lugar, sino también un proyecto político. Un razonamiento análogo cabe a la pregunta por la justicia espacial: como señalan Salamanca, Astudillo y Fedele (2016), dicha noción no solo constituye una herramienta analítica, sino también un proyecto de intervención y transformación social. Me gustaría concluir este recorrido proponiendo, entonces, que el neorruralismo como movimiento se verá beneficiado y engrandecido si aproxima el problema de la justicia espacial a su horizonte de prácticas, debates e imaginaciones. Un proyecto neorrural socialmente más justo —lo que quiere decir también, más “ajustado” a la propia naturaleza de sus intenciones de vida y de “polis”— merece abrigar un reconocimiento —y una responsabilidad, por tanto— sobre las geometrías que produce y los efectos de lugar de los que participa: aquellos que trae, aquellos que crea, aquellos que puede mitigar y combatir.

Los desencuentros entre nativos y llegados que he presentado en estas páginas ofrecen un campo promisorio para guiar esa tarea política. ¿En qué sentido? Dije al inicio que, en la ansiedad por “ser” de su nuevo lugar, el llegado puede presentarse (y comportarse también) de un modo que el nacido y criado percibe desajustado. Desajustado no solo significa desacertado: también significa injusto. Si he prestado especial atención a la incomodidad que el poblador nativo experimenta frente al derecho de mismidad (“soy de acá”) que su nuevo vecino ansía arrogarse, es porque ella aloja un “sentimiento de injusticia” que, a modo de signo, nos indica un conflicto estructural —y, por tanto, un camino de indagación—: el fenómeno neorrural trae consigo, y (re)inscribe espacialmente, el problema de la justicia social¹⁶. La reivindicación

de mismidad por parte del llegado constituye un acto de violencia simbólica en la medida en que niega (la violencia de) las asimetrías y los procesos de (des)igualación y (des)posesión que su movimiento socioespacial “de la ciudad al campo” abriga y arrastra. La insistencia del nacido y criado en conservar la distinción que el llegado ansía borrar —no somos lo mismo, le dice el primero al segundo: yo soy de acá y vos no— parece constituir una forma de resistencia política que los neo deberíamos empezar a considerar seriamente. Considerar seriamente implica disponernos a interrogar cuál es el mensaje que esa resistencia está expresando: ¿no nos estará diciendo, acaso, que un proyecto neorrural más justo necesita de un lenguaje de la “diferencia” antes que de un lenguaje de la “igualdad”? ¿No será, acaso, que un proyecto neorrural más justo necesita ser capaz de escuchar a la “autoctonía” como lengua legítimamente creadora de “ciudadanía”?

Dicho de otro modo: el movimiento neorrural bien podría abreviar y propiciar “políticas de la diferencia” orientadas a mitigar y/o subsanar la profundización de desigualdades silenciosamente (re)producidas por principios virtuales de igualdad —como aquellos clamados por las leyes del mercado y la ciudadanía—. La reivindicación de la “autoctonía” como condición creadora de derechos (de posesión, de permanencia, de usufructo) puede constituir un proyecto político a imaginar, ensayar y desplegar en las arenas públicas y en políticas gubernamentales concretas, como aquellas orientadas a reglamentar ordenamientos territoriales, por ejemplo; tal vez sea este, también, un camino para producir una amplia y generosa defensa del monte nativo como patrimonio natural-cultural.

Podrán objetar algunos: Pero ¿qué hay, entonces, del derecho a migrar? ¿Acaso las geometrías de poder establecidas deben condenar a esas clases medias ciudadinas a permanecer encerradas en la opresión de su “urbanidad”? ¿Acaso no tendrían derecho esas clases a reivindicar su derecho a la naturaleza, tomando legítimamente posesión de una parte de ella? Lejos de cuestionar su validez como hecho sociopolítico, reconocer y explorar los desafíos y encrucijadas del neoluvión constituye, al

la “justicia” sobre la base de —y por oposición a— aquello que poblaciones concretas perciben y vivencian como situaciones de injusticia/s. Es en función de esta proximidad con la experiencia vivida que la noción de justicia se torna especialmente potente como herramienta analítica para el estudio y problematización de las desigualdades sociales.

16 Como proponen Gervais-Lambony y Defaux (2016), la noción de justicia espacial no es otra cosa que el abordaje espacial del problema de la justicia social. Estos y otros autores (véase Bret 2016) ponen de relieve la relevancia y operatividad de definir

contrario, una apuesta por hacer justicia a su legítima búsqueda por (re)inventar formas de vida en común. El espacio importa, nos dice Doreen Massey (2011, 197 y ss.), entre otras cosas porque es el espacio el que nos plantea la existencia de los otros y, por tanto, el desafío social y político más fundamental: ¿cómo vamos a vivir juntos? Aquí he propuesto un camino para transitar esa pregunta: escuchar con más atención a esos otros y sus mensajes, y hacernos la idea de que, en la “diferencia” que el nacido y criado defiende, hay un profundo saber del que los neo tenemos, todavía, mucho que aprender y mucho que recuperar.

Referencias

- Bourdieu, Pierre. (1993) 2010. “Efectos de lugar.” En *La miseria del mundo*, editado por Pierre Bourdieu, 119-123. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bret, Bernard. 2016. “Introducción.” En *Justicia e injusticias espaciales*, compilado por Bret Bernard, Philippe Gervais-Lambony, Claire Hancock y Frédéric Landy, 79-86. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Cantilo, Miguel. 2000. *Chau loco: los hippies en la Argentina de los setenta*. Buenos Aires: Galerna.
- Carignano, Claudio, Daniela Kröhling, Susana Degiovanni, y Marcela Alejandra Cioccale. 2014. “Geomorfología de Córdoba.” Ponencia presentada en el XIX Congreso Geológico Argentino, Córdoba, 2 al 6 de junio.
- Carman, María. 2011. *Las trampas de la naturaleza: medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carozzi, María Julia. 2000. *Nueva era y terapias alternativas: construyendo significados en el discurso y en la interacción*. Buenos Aires: Educa.
- Chevallier, Michel. 1981. “Les phénomènes néo-ruraux.” *L'Espace Géographique*, no. 1, 33-47.
- Cloke, Paul. 1985. “Counterurbanization: a Rural Perspective.” *Geography* 70 (1): 13-29.
- Gervais-Lambony, Philippe, y Frédéric Dufaux. 2016. “Espacio y justicia: apertura y aperturas.” En *Justicia e injusticias espaciales*, compilado por Bret Bernard, Philippe Gervais-Lambony, Claire Hancock y Frédéric Landy, 67-76. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Girola, María Florencia. 2007. “El surgimiento de la megarurbanización Nordelta en la Región Metropolitana de Buenos Aires: consideraciones en torno a las nociones de ciudad-fragmento y comunidad purificada.” *Estudios Demográficos y Urbanos* 22 (2): 363-397. doi: 10.24201/edu.v22i2.1283.
- Giuliani, Gian Mario. 1990. “Neo-ruralismo: o novo estilo dos velhos modelos.” *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 14 (5): 59-67.
- González, Myriam Susana. 2003. “Una aproximación al paisaje vivencial de neorrurales y otros migrantes en una comarca cordillerana: el caso de El Bolsón en la Patagonia Andina.” *Revista Geográfica*, no. 133, 5-25.
- Grimson, Alejandro. 2016. “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945.” *Desigualdades.net Working Paper Series* 93.
- Harvey, David. 2007. *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, David. 2012. *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Buenos Aires: Akal.
- IDECOR (Infraestructura de Datos Espaciales de Córdoba). 2019. “Fuentes cartográficas.” Consultado el 25 de abril de 2019. <https://idecor.cba.gov.ar/inicio/fuentes-cartograficas/>
- ING (Instituto Geográfico Nacional). 2019. “Información geoespacial.” Consultado el 25 de abril de 2019. <http://www.ign.gov.ar/NuestrasActividades/InformacionGeoespacial/Principal>
- Koberwein, Adrián. 2018. “Ciencia, derecho, política y cultura en el conflicto por el bosque nativo en la provincia de Córdoba, Argentina.” *Revista del Museo de Antropología* 11 (1): 217-228. doi: 10.31048/1852.4826.v11.n1.19917.
- Kolers, Avery. 2016. “Plenitud.” En *Justicia e injusticias espaciales*, compilado por Bret Bernard, Philippe Gervais-Lambony, Claire Hancock y Frédéric Landy, 183-195. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Lacarrieu, Mónica, y Guy Thuillier. 2001. “Las urbanizaciones privadas en Buenos Aires y su significación.” *Perfiles Latinoamericanos* 9 (19): 83-113. doi: 10.4067/S0250-71612005009300001.
- Massey, Doreen. 1999. *Power-geometries and the Politics of Spacetime: Hettner-Lecture 1998*. Heidelberg: University of Heidelberg.
- Massey, Doreen. 2011. “Espacio, tiempo y responsabilidad política en una era de desigualdad global.” En *Un sentido global de lugar*, editado por Abel Albet, Nuria Benach y Doreen Massey, 197-214. Barcelona: Icaria.
- Moss, Lawrence, ed. 2006. *The Amenity Migrants: Seeking and Sustaining Mountains and Their Cultures*. Oxfordshire: CAB International.
- Muñoz, Evelin, y María Victoria Rapetti. 2011. “No somos una súper asamblea, somos una asamblea de un pueblo dividido’. Comunicación y política en las prácticas de ¡San Marcos Despierta!” Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

- Murdoch, Jonathan, y Terry Marsden. 1994. *Reconstituting Rurality: Class, Community and Power in the Development Process*. Londres: UCL Press.
- Noel, Gabriel David. 2011. "Guardianes del paraíso: génesis y genealogía de una identidad colectiva en Mar de las Pampas, Provincia de Buenos Aires." *Revista del Museo de Antropología* 4 (1): 211-226. doi 10.31048/1852.4826.v4.n1.5487.
- Noel, Gabriel David. 2014. "La autoctonía como garantía moral de la política. Retóricas de la legitimidad en una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires." *Papeles de Trabajo* 8 (13): 54-76.
- Nogué i Font, Joan. 1988. "El fenómeno neorrural." *Agricultura y Sociedad*, no. 47, 145-175.
- Otero, A, L. Nakoyama, S. Marioni, E. Gallego, y A. Lonac, 2006. "Amenity Migration Impacts on the Patagonian Mountain Community of San Martin de los Andes, Argentina." En *The Amenity Migrants: Seeking and Sustaining Mountains and Their Cultures*, editado por Lawrence Moss, 200-222. Oxfordshire: CAB International.
- Peirano, Mariza. 1998. "When Anthropology is at Home." *Annual Review of Anthropology* 27 (Octubre): 105-129. doi: 10.1146/annurev.anthro.27.1.105.
- Pérez, Edelmira. 2001. "Hacia una nueva visión de lo rural." En *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, editado por Norma Giarraca, 17-29. Buenos Aires: Clacso.
- Quirós, Julieta. 2014. "Neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase." *Cuadernos de Antropología Social*, no. 39, 9-38.
- Ramos, Ana Margarita. 2010. *Los pliegues del linaje: memorias y políticas mapuches-tehuelches en contextos de desplazamiento*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ratier, Hugo E. 2002. "Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización: un estado de la cuestión." *Revista de Ciências Humanas*, no. 31, 9-29.
- Ratier, Hugo E. 2003. "Estrategias regresivas en La Pampa globalizada y las fronteras entre lo rural y lo urbano." *Runa* XXIV (1): 233-255.
- Salamanca Villamizar, Carlos A., Francisco Astudillo Pizarro, y Javier Fedele. 2016. "Trayectorias de las (in)justicias espaciales en América Latina: un estudio introductorio." En *Justicia e injusticias espaciales*, compilado por Bret Bernard, Philippe Gervais-Lambony, Claire Hancock y Frédéric Landy, 11-66. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Soja, Edward. 2010. *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Soja, Edward. 2016. "La ciudad y la justicia espacial." En *Justicia e injusticias espaciales*, compilado por Bret Bernard, Philippe Gervais-Lambony, Claire Hancock y Frédéric Landy, 99-106. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Svampa, Maristella. 2001. *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Trimano, Luciana. 2014. "De la ciudad al campo: tensiones entre culturas emergentes y preexistentes. El caso de Las Calles, Traslasierra, Córdoba." Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- Viotti, Nicolás. 2010. "El lugar de la creencia y la transformación religiosa en las clases medias de Buenos Aires." *Apuntes de Investigaciones del CECyP*, no. 18, 39-68.
- Visacovsky, Sergio. 2010. "'Hasta la próxima crisis': historia cíclica, virtudes genealógicas y la identidad de clase media entre los afectados por la debacle financiera en la Argentina (2001-2002)." *CIDE*, no. 68, 3-28.

Julieta Quirós

Antropóloga de la Universidad de Buenos Aires (Argentina) y doctora en la misma disciplina por la Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), se dedica al estudio antropológico de procesos políticos en distintos escenarios de la Argentina contemporánea. Es autora de *El porqué de los que van*, libro galardonado con el 2do Premio Nacional de Ensayo Antropológico en 2014 y traducido al francés por Ed. L'Harmattan en 2016.